



Rubens Porteiro Pérez,

Detenido el 28/29 de abril de 1974, fallece a consecuencia de la tortura el 28 de noviembre de 1979.

Reportaje a su hijo, Daniel realizado por el compañero Rubens el 24/11/2004 y publicado en nuestro periódico *al Pueblo la Verdad* N° 50 / diciembre 2004

Sus padres eran gallegos de La Coruña, vinieron cada uno por su lado, y en un baile de una comunidad gallega se conocieron, acá en Montevideo, se casaron y se fueron a vivir a Nuevo París donde nació su primer hijo que era Rubens, luego nació otro varón, dos mujeres y otro varón. El último nació en Sayago donde después vivieron. Los viejos, dos gallegos espectaculares, la mamá, doña Emilia fue la que vivió la experiencia de la detención y las visitas ya que el padre había fallecido hacía muchos años, siendo yo muy chico.

Su madre hacía limpiezas y el padre trabajaba de sereno, eran sumamente pobres, vivían en una casita, que conocí, de las clásicas, «por adentro de madera y ranchos de lata por fuera», como dice Liber Falco. Se iban a trabajar y los dejaban encerrados, a los 5 hermanos, y él como hermano mayor era bastante severo según contaba mi tía.

El nació el 26 de Diciembre de 1930. Laboró de chico, en almacén, en una farmacia también y a los 16 años entró en Manzanares de repartidor. Llevaba en bicicleta los pedidos que hacía la gente, en esas bicicletas de fierro, enormes que tenían una chapa en el caño que decían Manzanares y tenían un armazón enorme donde ponían las cosas. Después de ahí pasa a atender en los locales, en el mostrador, después queda de encargado y luego pasa a la oficina de Manzanares; allí recuerdo aquellas calculadoras mecánicas a manija. Hasta ese momento creo que había hecho la escuela nada más, y creo que en una escuela de curas, por lo que recuerdo de algún diploma que vi y creo que eran Salesianos.

Siendo yo muy chico, recuerdo que él se quedaba hasta altas horas de la noche estudiando inglés, estudió en el Anglo y sé que terminó porque hablaba muy bien el inglés e incluso daba clases. En esa etapa él hizo además Alemán, que hablaba mas o menos y el portugués que hablaba muy bien. Era un tipo que dominaba muy bien la gramática. Mi vieja siempre le reclamaba que se acostara, que iba a llegar tarde al laburo y él se quedaba hasta muy tarde estudiando. Yo veía la lucha de él por superarse y esos ejemplos te dejan marcado. Él construyó su propia vida, era un gallego hecho para laburar y tener su familia y chau, pero él quiso ser otra cosa. Escribía desde joven, recuerdo un cuaderno de poemas que escribió a mi vieja cuando eran novios, sumamente lírico. Le gustaba especialmente Rubén Darío.



L.V.: ¿Cómo comenzó su militancia política?

Luego el se separó de mi madre y ya lo vi poco y espaciadamente. Estuvo un par de años en Brasil y cuando vuelve empieza a estudiar en el liceo nocturno, y allí creo que comienza a dedicarse más a la militancia. Tal vez por la propia dinámica de la época. De todos modos, sé que por el 61, 62 estuvo muy activo con los Blancos, creo que de Erro porque una vez se armó terrible piñata en la plaza Colón y él se metió enseguida; lo recuerdo porque yo quedé perdido entre la gente sin entender nada. También por el 65, algo así, anduvo en algunas reuniones medio clandestinas que supongo podrían ser como integrante del MIR. Recuerdo cuando me llevó a un viaje de fin de año de su liceo, que sería de 3º o 4º, en tren a Piriápolis, y lo que disfruté de ver esa comunidad de estudiantes, que guitarreaba y tomaban mate. El era medio líder y el mayor del grupo, pero era jovial.

En «preparatorios» del Nocturno de Bvar. España y Durazno, él conoce a la que fue su compañera hasta el final; sería como el año 68. Lo echan de Manzanera por el 69, que es el año en que empiezo a laburar, yo era un pibe, pero ahí se cortó la guita que el aportaba. El ahí vende un terreno en Pinamar y pone una librería, que se llamaba LIBERTIZACIÓN, decía que quería decir crear libertad. Era un tipo con cabeza abierta, con mucho desenfado intelectual, para mí es el mayor legado; esa capacidad para pensar sin preconcepciones, creativamente. Tuvo la librería como hasta 1973, no vendía nada, pero se armaban reuniones con gente de todos colores, iban también varios obreros de la Coca-Cola. Ahí yo iba seguido porque laburaba cerca y él me enseñaba inglés.

L.V.: ¿Cuándo comenzó su militancia en el PCR?

No sé exactamente. Pero eran, con su segunda mujer, los dos militantes del PCR. Vivían en un apartamento en Bulevar España, ella era de una familia de guita. Ahí fue donde los agarraron y donde se escondió un tiempo Nebio Melo, incluso. A él lo agarran previo al 1º de Mayo de 1974, 28 o 29 de abril, junto con un compañero del MLN que estaba allí hasta poder zafar. Los allanan como a la una de la mañana y se los llevan a todos. Ahí trabajaban recortando noticias de los diarios y hacían una publicación y tenían un archivo enorme; yo le decía, si no llamaría la atención que compraba tantos diarios.

También recuerdo en 1973, por Octubre, cuando la Dictadura, él estaba en la lucha contra la Intervención de la Universidad y yo en el Sindicato de la Aguja, trabajando por la Reafiliación Sindical a la CNT, que nos había impuesto Bolentini. Yo tenía 17 años y nos veíamos mas para discutir de esas cosas que por cosas nuestras. Una vez que fui a visitarlo, en la casa había gente que podría ser del PCR o de la Facultad y contó una anécdota de una clase de Filosofía con un profesor muy facho a fines del 73, entonces él le dijo delante de mucha gente «yo soy Marxista - Leninista» y el profesor le dijo: «no conozco ninguna filosofía marxista- leninista» y entonces él contaba: «tiene razón, la filosofía marxista, es el Materialismo Dialéctico». Y yo lo que pensaba era: qué necesidad tenía de decir eso en plena dictadura». Lo que me dijo fue que «hay que combatir en todos los ámbitos».



El en esos momentos estaba en 2º o 3º de Derecho e incluso, creo que era ayudante de cátedra. Me contó que quería ir a Mercedes con una cátedra, lo que se cortó por problemas de represión.

L.V.: ¿Cuándo lo detienen?

A él lo agarran el 28 o 29 de abril de 1974, a su compañera, a mi tío, que vivía con él y no tenía nada que ver, y a un compañero del MLN que estaba clandestino; les agarran un montón de material de archivo y están desaparecidos tres semanas. A mi tío lo largaron al tiempito y fue el que me contó que los habían largado a él y a la mujer de mi viejo. Ahí tomé contacto con ella. El siguió desaparecido en realidad, porque sabíamos que estaba detenido pero nadie reconocía nada. A ella la siguieron dos oficiales durante varios meses, la mortificaron bastante, uno en el papel de malo y otro de «bueno». A los tres o cuatro meses aparece en un vagón de AFE en Agraciada y 19 de Abril, en la Región 1. Ahí la familia lo iba a ver, yo por mi parte anduve un tiempo en Brasil porque también militaba, no en el PCR, tuve otra militancia. Me encontraba de vez en cuando con su mujer, medio clandestinamente. Nos encontrábamos en lo de mi abuela, que no sabía nada acerca de en que andaba cada uno, pero que demostró que sí sabía de la vida. A verlo iban la madre y la hermana mayor. La mujer también iba y ya cuando el Penal es la que asume todo el peso con una entereza realmente admirable. A partir de 1975 pasó al Penal de Libertad, a una Barraca, ahí se regulariza su situación. Ya había estado preso en 1969, en el cuartel de Chimborazo y allí había trabajado en la panadería y es lo que hace después en el Penal. En 1977, por un problema del riñón, lo internan de apuro y se lo tienen que sacar y después no tiene un postoperatorio, sino que a los tres días lo llevan de vuelta al Penal, donde pasa frío, era invierno y todo lo que sabemos. A partir de ahí su salud va en declive, hasta setiembre de 1979, donde lo llevan de vuelta al Hospital Militar. Lo tienen incomunicado y al mes aparece su carta del 7 de setiembre, donde esta avisando que se está muriendo Gracias a una enfermera entro disfrazado de enfermero a verlo, el no me reconoce por su estado yo casi no lo reconozco a él, estaba irreconocible. Pasé cerca de él, lo rocé, tenía un milico al lado con la matraca, y la enfermera estaba asustada porque laboraba ahí. Esa historia hay que contarla porque es una historia de heroísmo de esa mujer que asumió eso, sin tener necesidad, porque arriesgó mucho más que su laburo. Ella incluso distrajo al enfermero encargado. Luego de eso se consigue la visita de su compañera y de la madre, dos o tres veces. El escribe tres cartas, nada más. Después de eso el abogado de él, Helios Sarthou, un tipo de una integridad y un valor extraordinarios, da una lucha muy intensa por sacarlo a través de la Embajada de España, que presiona a la Asociación Española de Socorros mutuos, que por su directorio saca una resolución, «reclamando al paciente, por ser paciente de la Española». Se logra la libertad y que pase en una ambulancia directamente del Hospital Militar a la Española, al noveno piso, a urología. Ahí ya largamos todos los criterios y aparecimos todos, era la última oportunidad de estar con mi padre. Largué todo y estuve todo el tiempo con él hasta que murió. También vino de Buenos Aires un muchacho que ellos habían criado que era un pibe de la calle. Con él estuvimos juntos en el instante de su muerte, le



teníamos tomada una mano cada uno y nos arañó a ambos en su último esfuerzo por la vida. Después hubo una lucha para conseguir un médico para que le diera el certificado de defunción, muchos no querían comprometerse, y algunos alegaban que no se sabía lo que tenía, ya que tenía bultos en la cabeza, por todos lados. Además era un esqueleto. Me acuerdo que lloró, por primera vez lo ví así a un tipo que tuvo unos huevos de acero. Me pidió disculpas por las cosas que como padre no me había podido dar. Lloraba y repetía en un delirio, «me tiraban los cuadernos», «me tiraban los cuadernos» (en las requisas) cosa que se ve que lo había afectado mucho. Este domingo se cumplen 25 años, falleció el 28 de Noviembre de 1979, en menos de un mes después cumplía 49 años.

El siempre mantuvo como filosofía y trató de transmitírmelo, en el deporte y en otros órdenes de la vida, la necesidad de cumplir con la responsabilidad hasta el final, de estar en el lugar que hay que estar y de asumir lo que hay que asumir.

L.V.: ¿Conociste a Nebio Melo o a Mazzuchi? Porque ellos trabajaron mucho en los nocturnos en esos años.

En aquel momento no, a Nebio si lo conocí mucho después porque vivió en su casa cuando estaba clandestino y de él siempre me acuerdo porque me hizo conocer a Les Luthiers, ponía la canción donde habla de la China de Mao y se reía de eso. Era un tipo impresionante, yo laburaba en una fábrica de prendas de cuero y Nebio se quería ir a la Argentina y pasar desapercibido, y en la fábrica había unos cuantos argentinos, averigüé con ellos que se usaban los pantalones apretados, con rayas y una carterita de cuero para los documentos y Nebio dijo, los pantalones todavía pero la carterita yo no la uso. Yo recuerdo mucho a un compañero de la Coca-Cola, que fue el que se conectó conmigo cuando cayeron. A Mazzuchi por el nombre no, pero por los datos que vos me das si lo recuerdo.

Pero del que tengo un recuerdo sumamente reconocido es de un compañero suyo al que le decían el «Tigre», un muchacho rubiecito, retacón, con el que tuve contacto hasta que lo conecté con la esposa de mi viejo. Luego de años sin verlo me lo encontré en el entierro jugándose con tal de estar presente junto al compañero.

Cuando murió yo decidí no hacer velorio, porque ya en el Sanatorio era evidente el control represivo que había y entonces me pareció que terminaría siendo una entrega de gente que no iba a querer faltar al velorio. Así que sólo entierro y cuando llegamos al Cementerio del Buceo, entramos a la capilla para que mi abuela rezara junto a su hijo; pero cuando salíamos yo no estaba conforme porque lo estábamos llevando sin pena ni gloria. Y justo en eso veo venir al municipal con el uniforme gris sucio, empujando un carrito oxidado con las ruedas que hacían ruido y quería llevarse el cajón en esa porquería. Y a mí me pareció que era una vergüenza, el colmo del manoseo y la agresión que él había sufrido, entonces agarré el cajón al hombro y me lo quise llevar solo por la calle central del Cementerio, cegado, de bronca nomás. Y ahí Sarthou inmediatamente comprendió mi intención y agarró la manija del otro lado al que estaba yo, me miró con



ojos de alegría y arrancamos. Enseguida mi tío, mi medio hermano, un primo mío, en fin, los que estaban ahí agarraron la onda enseguida y arrancamos de manifestación para el lado del mar, con el viejo al hombro, atrás iban mi vieja y la compañera de él abrazadas, la madre con la hermana también. Ahí fue cuando vi al «Tigre» que estaba medio oculto entre los árboles y se asomó para que lo viera, sonriendo conforme. La cosa es que hubo un desparramo de gente que andaba en la vuelta como zonceando y eran tiras que se pusieron nerviosísimos. También había gente que se arrimaba un poco sorprendida de ver aquella marcha y hasta alcancé a ver alguna sonrisa cómplice de alguien que entendía de qué se trataba. De repente a mí se me dio por cantar unos versos de él que yo había musicalizado, aunque la emoción no me dejó cantar muy bien que se diga: «Nosotros somos esa parte de la vida, que el amor construye con afán indeclinable»

El final de su carta, escrita el 6/11/79, pocos días antes de morir, a su compañera Carmen:

«En todo puedes creerme que te he querido a tí y te quiero a tí sin haber dejado de querer a nadie, y puedes, sí, agregarle a mi cariño esta especie de ansiedad de hoy, que mi propia vida, o que las circunstancias, han vertido en el amor que hoy siento y es nuestro.»

- - -